



CUERPOS Y TATUAJES. CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES EN GRUPOS DE JÓVENES EN SITUACIÓN DE CALLE EN LA CIUDAD DE SAN SALVADOR DE JUJUY (PROV. DE JUJUY-ARGENTINA).

CIVILA ORELLANA, PABLO R.

• Filiación profesional: Licenciado en Psicología. Doctorando en Sociología (UCA). Profesor Adjunto en la cátedra de Psicopedagogía Institucional y Comunitaria-Licenciatura en Psicopedagogía-Facultad de Psicología, Educación y Ciencias Humanas. Profesor Adjunto en el taller Pensamiento Científico y Metodología de la Investigación-Abogacía. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Sede Regional Goya.

• **E-mail:** civilaorellanapablo_goy@ucp.edu.ar

Palabras Claves

- Situación de calle
- Juventud
- San Salvador de Jujuy
- Etnografía

La modificación corporal mediante el tatuaje se realiza con diferentes propósitos y distintas motivaciones. Esta práctica es muy común en los distintos sectores sociales; sin distinción de grupo etario al que pertenecen. Como resultado de esto, se desarrolló una

investigación con los objetivos de conocer la constitución narrativa, el cambio de significado personal-social, y la percepción de que subyace a la práctica de tatuarse el cuerpo en aquellos jóvenes que se encuentran en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy (Prov. de Jujuy). Estos aspectos fueron estudiados entre aquellos quienes se han realizado algún tipo de tatuaje, los que no lo hicieron y aquellos que en un futuro piensan hacerlo. Para conocer dichas voces, subjetividades y particularidad se llevaron a cabo entrevistas en profundidad y observaciones durante diversos encuentros en escenarios naturales donde ellos desarrollaban su cotidianidad. Siendo los puntos tanto la terminal de ómnibus, mercado de concentración de Abasto y el casco céntrico. Se espera que los hallazgos encontrados logren contribuir al interés en la realización de futuras investigaciones sobre el abordaje con la práctica del tatuaje (sanitaria, psicológica, social y lingüística) y las representaciones sociales que trae consigo.

Introducción

Los motivos que llevan a la elección de un tema de investigación son muy variados y, en general, están vinculados a las inquietudes personales del investigador en un contexto cultural, social, histórico determinado. En el presente caso, los primeros interrogantes vinculados a esta investigación surgieron a partir del contacto directo y cotidiano con un grupo de jóvenes en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy. Dicho contacto surgió a partir de la actividad profesional que tenía como objetivo conocer la situación personal de cada uno de ellos, como así también brindar asistencia, contención y la posibilidad de intervenir, según la demanda surgida.

El interés por profundizar la indagación del tema resultó de la experiencia previa en el campo de la psicología. Estas experiencias incluyeron las labores profesionales desempeñadas durante los años 2008-2010, en el marco de un proyecto denominado "Autorescate"



ejecutado en forma conjunta por una ONG y la SENAF-Ministerio de Desarrollo Social provincial. Las experiencias en aquel período dieron lugar a los primeros interrogantes que motivaron la formulación y presentación de un plan de investigación para la convocatoria anual que realiza CONICET. Conocer la realidad de estos jóvenes permitió vislumbrar la complejidad que encerraba la problemática en su dimensión individual, familiar y comunitaria. Además de ello, permitió observar la red que se entretreja como parte constitutiva de la situación de aquellos jóvenes que viven y/o trabajan en las calles de la ciudad. La vida en la calle, como han señalado diversos autores (Rosa, 2013, Urcola, 2010 y Pojomovsky, 2008, Bufarini, 2008; Boy y Perelman, 2008; Biaggio, 2006) se asocia con pobreza, violencia, abandono, desafiliación, discriminación, desempleo, trabajo informal, abuso, deserción escolar, consumo adictivo de sustancias tóxicas, conflictos en términos de la ley penal, problemas nutricionales y de salud en general, precariedad habitacional, entre otros flagelos.

Al pensar la actividad profesional y la investigación como dos prácticas complementarias surgió el interés por comprender las implicancias sociales, culturales, económicas, históricas y políticas que dan lugar a la producción y reproducción de un fenómeno, como resulta ser la situación de calle. Advertimos que este escenario de desigualdad y exclusión en San Salvador de Jujuy visualiza una problemática que no se agota en la presencia física de los mismos pidiendo, trabajando o durmiendo en las calles, por lo que elaboramos una propuesta que permitiera describir, sistematizar y analizar el tema.

Aproximaciones sobre el concepto de situación de calle

El aislamiento social inherente en la noción de desafiliación se basa en dos supuestos fuertes: la ausencia de redes sociales y la falta de arraigo territorial. Pretendiendo discutir con estas presunciones, se observa que se tejen relaciones en los sitios donde se han instalado. La negativa a compartir un mismo espacio ejemplifica el concepto de estigma, en tanto miedo a la contaminación (Goffman, 2001). El contacto estrecho con quienes son considerados

como “marginales” conlleva el peligro de la “infección anímica”; la sospecha de infringir determinadas normas recae en quienes sostienen algún tipo de relación con los miembros del grupo que ha sido calificado como marginal. En consecuencia, “un *insider* que tiene trato con unos marginados corre el peligro de perder estatus en su propio grupo establecido” (Elias 1998: 95).

Desde esta perspectiva, dirigida a evitar abordajes monolíticos y estigmatizadores de la cuestión, (en Almeida et al., 1998:) introduce el término “situación de calle”. Tal expresión pretende contemplar el carácter plural del universo psicosocial de las personas de diversas edades que desarrollan sus vidas cotidianas en el ámbito de la calle, las características histórico-sociales por las cuales una persona, atravesada por condiciones de pobreza, pernocta o transcurre gran cantidad de horas diarias en la vía pública desplegando un sin número de recursos materiales y simbólicos como estrategia de vida o sobrevivencia familiar, individual o comunitaria (realizando diversas actividades lúdicas, laborales, de mendicidad, entre otras) y como parte importante en su proceso de socialización, en tanto internalización de las relaciones con el mundo adulto, entre pares y con la sociedad en general a través de sus instituciones (Urcola, 2010).

Partiendo de los supuestos de Feijoó según la cual los sujetos pertenecientes a los sectores sociales postergados “han provocado la disolución del modelo de normalidad basado en la educación y el trabajo como patrones de vida juvenil, pero aún no se han encontrado formas nuevas de normalidad y sustitutos del viejo modelo” (Feijoó, 1988: 10); resulta todo un problema determinar la conformación, aún en sus lineamientos más gruesos, del paradigma interpretativo con el que “juegan” el conjunto de jóvenes en situación de calle. Específicamente en relación con sus representaciones acerca de lo que debe ser, y lo que debe o puede hacer un joven “normal”. No obstante, puede señalarse que, mediante estas prácticas han logrado satisfacer sus necesidades tanto materiales como simbólicas.

A partir de sus relatos se pueden identificar la manera que son portadores de estigmas, discriminación y acreedores de los aspectos



negativos de la ciudad. Esta situación instituye un universo de significación de formas totalizantes, asociadas al delito. Se “ontologiza” la acción delictiva a través de la “objetivación” del sujeto transgresor en torno a la combinación de fragmentos heterogéneos de los discursos “médicos, jurídicos, estéticos, políticos y morales” que configuran el perfil de un ser desadaptado socialmente (Baratta, 1993). De este modo, la transgresión a la norma es sólo la manifestación fenoménica de una personalidad esencialmente desviada: “la ocasión no hace al ladrón, solo le permite manifestarse” -afirman desde otros discursos. Quién delinque es visto, pues, como un ser constitutivamente diferente de la media de los jóvenes considerados “normales”. Esto lo convierte en un “otro” hostil, intrínsecamente peligroso, del que hay que separarse (o, más bien, al que hay que separar).

De manera simultánea a la exclusión de la que son protagonista también son merecedores de la compasión, asistencia y de las actitudes demostrativas de mayor “cristiandad” acentuando que los vínculos de este grupo de jóvenes con el resto de la sociedad jujeña pierden la dimensión más personal, los cuales son mediados por una desigualdad material y simbólica que, aparentemente, es imposible subsanar desde el lugar que ocupan. La relación asimétrica ubica a los *homeless* en una posición en la cual sólo pueden recibir. Vivir en la calle supone lidiar cotidianamente con un sentimiento de estigma y una baja percepción de sí mismo, el cual en gran parte es consecuencia de un proceso de socialización que se organiza sobre la base de las distintas entidades que les brindan asistencia y contención: ellos no tienen nada que dar, son meros receptores de la caridad ajena.

Bajo tal premisa, Rowe y Wolch (1990) sostienen que, si bien afrontar con éxito las necesidades cotidianas a partir de actividades como la mendicidad puede ser una fuente de autoestima positiva, la identidad que así se refuerza es la de uno mismo como un simple “receptor” -se remarca el elemento y la relación jerárquica-. Como sostiene Marcel Mauss (en Godelier, 1988) al reflexionar sobre la economía del Don, todo intercambio encierra una dinámica de poder. El que da siempre está en una situación de superioridad.

La mano que da siempre se ubica arriba de la que recibe, al dar se descubren las jerarquías. Extendiendo la misma lógica, Sahlins nos recuerda que “los regalos hacen esclavos” (1976: 250).

Espacio urbano e identidad

La llegada a la situación de calle, asociada generalmente a problemas de violencia familiar y social, suele incidir en la búsqueda y el “enganche” por parte de los jóvenes en el ingreso al mercado laboral informal. Siendo un factor determinante esta experiencia a temprana edad, debido a que paulatinamente “el trabajar” se constituye en el eje de su existencia y consecuentemente de su permanencia en la calle. A ello se le agrega que existe una movilización interna desde distintas localidades, departamentos, parajes de la provincia en la que grupos de adolescentes se desplazan hacia la ciudad capitalina desde el interior. Motivada por la búsqueda de ingresos económicos para su sustento, en tanto en los hogares de los cuales provienen, el ingreso de dinero deja de ser un complemento de los sueldos de los adultos, y pasa a convertirse en el ingreso principal del grupo familiar. Con lo cual la llegada de estos jóvenes a sus hogares se produce con mayor periodicidad en el tiempo, incrementando las ausencias en las moradas de origen. A raíz de lo cual, los espacios públicos se convierten en espacios de “permanencia” y no solo de tránsito.

La ciudad puede ser definida como “espacio material y simbólico en permanente construcción, atravesado por mediaciones políticas, económicas y culturales” (Reguillo Cruz, 1995: 27), desde donde se desprende un carácter dinámico en esa permanente construcción, tanto de sistema de producción como de producción simbólica que están implícitos en esas mediaciones. Es decir, la ciudad puede ser comprendida como un espacio social que hace posible la emergencia de fenómenos y que la configuran como ese punto de inflexión entre hegemonía y contestatariedad, entre legitimidad y representatividad. De tal manera, los actores sociales delinean “huellas”, “marcas” para fijar, pero también para recordar quienes son. Estas huellas



-variadas y disímiles- se constituyen en la garantía de continuidad del grupo a partir del vínculo que ratifican entre espacio construido y entidad social.

La calle es un lugar de paso, un no lugar, un espacio del anonimato, un intervalo entre el lugar de donde se parte y a donde se llega, que no podría definirse como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico, en concordancia por lo expuesto con Delgado (1999). Sin embargo, los hechos sociales lo transforman como, por ejemplo, lo realizaron los pobladores de las villas de emergencia o, en relación con nuestro tema de interés, los jóvenes que lo “transitan” de un modo diferente. La calle constituye un espacio que, si bien es incomparable con lo familiar, lo doméstico, se torna en el lugar donde se mora, se habita y se proyecta a futuro. Ya no constituye una típica expresión de lo urbano como mero lugar de tránsito, de lo efímero, de lo absolutamente asistemático, de las relaciones sociales apresuradas y distantes.

Los jóvenes que lo habitan hacen del espacio de la calle un sitio tanto para circular y transitar como para permanecer en él. El lugar donde “nada merece el privilegio de quedarse” es transformado por ellos/as en un territorio “habitable” y que, incluso llega a constituirse en un territorio ocupado, en los lugares de ranchadas, de pernoctar, que les permite construir relaciones afectivas, partes de su historia y de su identidad. Esta calle, señala Delgado, que en las sociedades modernas constituye el símbolo y “exponente máximo de los peligros de la desestructuración, reverso de cualquier fuente trascendente de organización de la vida social, escenario de todo tipo de peligros para el alma” (1999:144), que no debe ser morada ni considerada como alternativa a la vida familiar, es resignificada constantemente por estos adolescentes.

Desde tiempo antiguo las calles de la ciudad se han constituido alternativamente tanto en un espacio de tránsito como de permanencia para sus habitantes. Según el momento histórico, se ha hecho hincapié en unos u otros de sus atributos: como lugar de encuentro, esparcimiento y socialización o como ámbito propicio

para la obtención de recursos materiales y simbólicos. Según Delgado, el ámbito de lo urbano no es la ciudad en sí, sino sus “espacios usados transitoriamente, sean públicos (la calle, los vestíbulos, los parques, el subterráneo, la playa, la piscina, acaso la red de internet (ciber) o semipúblicos (cafés, bares, discotecas, grandes almacenes, superficies comerciales, etc.) (1999: 33).

Al apropiarse los *homeless*, de sectores de estos espacios urbanos, se convierten en cierto modo en “amos del lugar”, realizan –parafraseando a Delgado- una verdadera ocupación inamistosa, antiurbanística y antiarquitectónica” (Delgado, 1999: 197). Si bien la calle no está diseñada para habitarse, en los hechos, los pobladores de la calle aprovechan los intersticios urbanísticos y en ocasiones, eluden a los encargados de controlar y vigilar la ciudad. No deberían estar ahí, pero aunque el control social – a través de diversas instancias-, y el frío, la lluvia, las enfermedades, los peligros o el hambre los hostiguen, ocupan y usan el espacio público como si fuera privado.

Vivir en tal situación supone un estigma residencial (Wacquant, 2001) que afecta a los habitantes de estas modalidades del hábitat popular. En este sentido la discriminación residencial obstaculiza la búsqueda de trabajo y contribuye a afianzar la desocupación en un futuro no muy lejano para este grupo que forma parte del presente estudio, pero mientras tanto en su etapa de crecimiento, en virtud a los requisitos del mercado laboral, solo acceden a lo informal.

De acuerdo con Augé (1992), las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes son tan importantes como el lugar de trabajo y residencia. Nos referimos a la emergencia de autopistas y rutas, la multiplicación de los medios de transporte y la existencia de centros comerciales. Hoy en día, los sujetos de la ciudad construyen sus identidades y sus relaciones recíprocas en la intersección entre la necesidad de arraigo o fijación de un lugar de pertenencia y la configuración de espacios de circulación cada vez más ajenos y anónimos, a los que Augé llama “no lugares”. Los no lugares son tan importantes como los lugares y uno, no se opone al otro, sino que se interpretan mutuamente.



Como reflejo de la situación de precariedad en la que se encuentra el individuo, muchos de los lazos sociales que se establecen en la calle se estructuran jerárquicamente. Las condiciones de reciprocidad igualitaria tienden a ser escasas. El contacto permanente con las personas que les brinda alguna asistencia material o simbólica, son ejemplos de relaciones donde se refuerza la sensación de vulnerabilidad, en donde el sujeto no logra quitarse de encima la etiqueta. Lo mismo ocurre por aquellas personas, vecinos, habitantes, incluso con aquellos que intentan ayudar de alguna manera, pero que simultáneamente adoptan una actitud un tanto paternalista. Buena parte de estos vínculos jerárquicos se explican por el estigma asociado con el vivir en la calle, con la dificultad por lograr un cierto grado de confianza.

Lomnitz define a la confianza como una “variable psicosocial dinámica, que mide la capacidad y voluntad de dos contrayentes para intercambiar favores e información” (1975: 209). La confianza constituye el cemento que cohesiona las redes de los grupos carenciados, y hace posible el intercambio recíproco esencial para la supervivencia. La confianza es la base de la reciprocidad, y ésta solo es posible en un ámbito de igualdad socioeconómica: las diferencias económicas y los desniveles en el status social “son obstáculos al intercambio recíproco tan efectivos como la distancia física y social” (Ibidem: 212). Así, la reciprocidad depende de dos elementos: la confianza y cercanía física.

A su vez, el concepto de identidad como algo dinámico en permanente construcción, y resultante de la interacción entre los sectores sociales, remite a las distintas estrategias que los habitantes del espacio urbano utilizan para exteriorizarse y objetivarse de algún modo esa concreción de la alteridad -nosotros frente a los otros. Estrategias que aluden -a su vez- a un tiempo/tiempos en el/los que se entreteje/n las posibilidades de la memoria.

De allí la relación entre el espacio urbano y la identidad que remite a las distintas manifestaciones corporales como resultan ser los tatuajes como discurso, como pluralidad de voces, enunciados

artísticos con carga emotiva, personal e histórica. En los cuerpos y sus portadores en particular con el espacio público en donde pernoctan, permanecen y transitan, permiten otorgar una significación totalmente diferente a lo efímero o evanescente. Siguiendo la tradición “wittgensteniana”, puede consignarse que si explicar el significado de una palabra es explicar cómo esta palabra es usada, esa descripción deberá implicar necesariamente la del intercambio social de la que aquella forma parte. Lenguaje y relaciones sociales serían, entonces, “dos caras de la misma moneda” (Winch, 1971).

Así, un nuevo modo de hablar expresaría un nuevo conjunto de relaciones sociales. Esto es que parece ocurrir con algunos términos, se trata de la práctica alternativa (y en algunos casos simultánea) de determinadas actividades ilegales (especialmente el comercio de drogas prohibidas) con estrategias laborales legales (microemprendimientos y trabajos temporarios). Apelando a Goffman podría afirmarse que, en el contexto estigmatizante de la exclusión social, negociar la normalidad de ser joven implica un fluido manejo de “las artes de la impresión, artes básicas en la vida social, mediante las cuales el individuo ejerce un control estratégico sobre su propia imagen y los productos recogidos por los demás”, así como también “...una forma de cooperación tácita entre normales y estigmatizados: “el que se desvía puede permitirse continuar ligado a la norma porque los demás tienen el buen cuidado de respetar su secreto” (Goffman; 1987: 153).

Los tatuajes de los jóvenes

Una recorrida por la zona de la terminal, por las “ranchadas” localizadas debajo de los puentes, muestra una profusión de cuerpos en donde las manifestaciones, se desvelan los escritos en sus cuerpos -conviviendo con otros habitantes que pernoctan en las calles- virtualiza enunciaciones con sus particulares referenciaciones, (Hourquebie, 2008). Y en esta variedad, entresacamos algunos, seleccionamos y leemos. Aparece así, ratificado su valor como estrategia discursiva. Pero también su carácter contestatario, de re



sistencia a lo establecido en una apelación a un pasado en que las huellas quedan establecidas, sean las vivencias que fueren, y que, a causa de ello, las demostraciones de sus experiencias merecen ser reprimidas por el accionar de las fuerzas policiales quienes los consideran como los marginales, es por ello que deben ser merecedores del control de sus acciones. De allí la apelación a la memoria en la virtualización de “prohibiciones”, pero también en la “simbolización” de esas prohibiciones con sus resultados e implicancias que se reflejan en algunos de sus tatuajes, como los denominados “cinco puntos” en donde cuatro puntos rodean a uno, siendo los cuatro puntos los “pibes” rodeando al central, supuestamente el policía. Podemos observar en esta simbología una expresión de oposición, reaccionaria tanto de escritura/lectura de las situaciones que ocurren a diario en cada uno de ellos y la validación como estrategia de resistencia a pesar de todo.

Las inscripciones corporales presentan una polisemia de atribuciones como mantenimiento de valores, mitos, tradiciones; siendo poseedores de variados y disímiles contenidos. Elegimos los vinculados a una referencialización determinada por su perdurabilidad y significaciones. Frases, extractadas de sus discursos, expresan los distintos sucesos, vivencias, experiencias y conforman un fenómeno social que impacta por la permanencia y por la recurrencia en el tiempo; escrituras que resumen un ideario que les marca una experiencia, acompañado en algunas ocasiones por los nombres de aquellas personas que intervienen en tales sucesos, como así también en los escenarios que sucedieron.

Al tatuaje le compete un rol, una función de memoria ejemplar, variada y disímil, una manera de dar a conocer las estrategias usadas en la enunciación efectuada, como en las referencias aludidas. Algunos hacen referencia a historias personales como las defunciones de hermanos, padres o madres o de otros seres cercanos a ellos, figuras significativas. También algunas inscripciones aluden a eventos como el nacimiento de un hijo o hija, el nombre de una pareja, o fechas que merecen un recordatorio diario. Aquí podemos hallar la

presencia como fecha de mayor transcendencia “22/04/08... Caty”, según el tatuaje de Miguel, en alusión al nacimiento de su hija.

Las ironías también tienen su lugar y un buen lugar para enunciarlos y transmitir el descontento o desazón es corporizado. Algunos referencian a una idea que circula en el imaginario colectivo, elaborado desde el poder mismo que justificaba las situaciones que supuestamente transgredían las distintas normas, delitos cometidos y que sirven en su momento para instalar el sentido de contestar y responder, o denunciar el abuso ejercido por parte de algún organismo o personal policial. De allí la enunciación que lo virtualiza, pero con el uso de una apelación que, al mismo tiempo ironiza, remitiendo al recuerdo de los excesos de lo injustificable vividos por ellos.

Los tatuajes atraviesan la dimensión temporal, ya que la presentación de ellos actualiza, rectifica constantemente la información de la que son portadores, observándose también la posibilidad de catarsis para poder vehicular la angustia experimentada en ciertos momentos. La coloración de algunos de ellos como manchas rojas que hacen referencia el sentido de eventos trágicos, materializan las aberraciones de un sistema que sólo resulta ser estigmatizante, cómo ellos manifiestan en las entrevistas realizadas haciendo alusión a los penales para menores y en las celdas de comisarias en las que fueron demorados por averiguación de antecedentes o en **flagrancia**. Es allí como las expresiones en sus cuerpos hacen referencia a la memoria como reservorio de identidad y vida, plasmando sus historias, su pasado y en algún momento su futuro.

Subyugan su voz/voces, su rostro/rostros que simulan ser uno y ninguno, de ahora y de antes en la provisoriedad de una parte de su cuerpo, cualquiera sea su lugar, con cualquier color, como así también lo que ella contenga, palabras, frases o dibujos, en la que, extendidos -como mágico escultores o eternos lugares para conocer- aparecen los distintos mensajes. Palabras, signos, líneas, colores barruntados, monocromos y armónica distribución de uno o más sentidos en un ordenamiento lineal/entrecruzado/sobrepuesto. Soledad acaparada, convivencia forzada con otros posibles ras-



tros: cicatrices, heridas de peleas callejeras, mutilaciones.

Diversos y variados rasgos se encuentran y sustituyen en una alternancia permanente: provisoriedad, difuminación, indeterminación en la aleatoriedad de los grupos en los que participan o afiliaciones, afinidades con algunas ideas, sistemas de creencias. Se hace, se va haciendo, se seguirá haciendo. Se lee, visualiza, se reescribe, se anuncia o renuncia. Provisoriedad, también, que incluye la difuminación en una suerte de espacio marginal. Se ocupa un lugar propio como es el cuerpo, siendo el único lugar privado, que no le es ajeno, ya que su cuerpo se convierte en su único lugar capaz de ser modificado, transformado según su voluntad. Aparece al enunciarse. Desaparece al ser borrado, cuando ya no se quiere recordar o tener presente a lo que realiza alusión de manera verbal queda lo escrito, lo graficado. Intermediación, pues, que refuerza su potencialidad en las mil formas que adquiere, en esa provisoriedad resultante tanto en la fluidez para enunciarse como en la facilidad para callarse.

Se comparte en algunas ocasiones un espacio en común, siendo los distintos espacios del cuerpo como una enorme hoja para pintar, muchas veces haciendo alusión no solamente a los episodios vividos, sino también a sus gustos y preferencias. De ellos se diferencia por su carácter artesanal, no institucional, no promocional, no así, libre y espontáneo. Entonces se refuerza esa indeterminación, pero al mismo tiempo difuminación entre enunciadores individuales/colectivos, anónimos/identificables. Provisoriedad que se fija en la palabra y a la cual "completa" forma, líneas, colores. Prescindibles o no, integradas o no.

Aspectos metodológicos

Para conocer la construcción de las identidades de los jóvenes en situación de calle se realizó el trabajo de campo se durante los años 2014-2015. Para ello además se contó con materiales previos recabados entre 2008 y 2010 en donde se pudo recabar los motivos, significados, experiencias y vivencias que los actores refieren al vivir en las condiciones materiales y simbólicas que se abordan en el pre-

sente artículo. Para ello se hizo uso del método cualitativo que supone una perspectiva *holística*: las personas, los escenarios o los grupos no son reducidos a variables, sino considerados como un todo. Mediante dicho método se buscó comprender a los jóvenes en sus marcos de referencia y no simplemente buscando la verdad en un sentido esencial, para el investigador todas las perspectivas son valiosas (Taylor y Bodgan, 1996). Para el fenomenólogo la conducta humana, lo que la gente dice y hace, es producto del modo en que define su mundo. La tarea del fenomenólogo y de los estudiosos de la metodología cualitativa, es aprender este proceso de interpretación. Como lo hemos subrayado, el fenomenólogo intenta ver las cosas desde el punto de vista de otras personas (Taylor y Bodgan, 1996:23).

Por otra parte, las ventajas del método fenomenológico en la descripción y comprensión de vivencias, conceptos, representaciones, emociones, acciones, en suma, contenidos de conciencia son ampliamente reconocidas (Husserl, 1949; Landgrebe, 1968; Silazi, 1973), en el campo de las ciencias sociales se destacan Schütz, 1972; Merleau Ponty, 1969; y, en general, los investigadores que adhieren a la antropología fenomenológica (por ejemplo, Good, 1994; Kleinman, 1991).

El método fenomenológico supone un primer momento, que podríamos denominar negativo, en cuanto implica la reducción o puesta entre paréntesis de conocimientos previos tanto teóricos como tradicionales y disposiciones pragmáticas y afectivas (Husserl, 1949; Merleau Ponty, 1969). En términos de saberes tradicionales, supone reducir lo que Schütz (1972) denominó el mundo del sentido común, vale decir el conjunto de vivencias, experiencias y sentidos que son inmediatos para el investigador en su calidad de sujeto que es parte de una cultura determinada.

El sentido de la puesta entre paréntesis radica en acceder sin prejuicios previos a los significados que las acciones y fenómenos tienen para los actores sociales, en tanto contenidos de conciencia, esto es sensaciones, percepciones, representaciones, conocimientos y emociones, en síntesis, vivencias (Husserl, 1949). El tema que nos ocupa supone la realización de un acabado fenomenismo de



los significados, acciones, emociones, usos y costumbres que los actores sociales vivencian en relación con la experiencia de la situación de calle. La descripción fenoménica requiere del relevamiento de todos los aspectos que se asocian estructuralmente a la experiencia que implica para los jóvenes la situación de calle, incluyendo los motivos que originaron en cada caso la situación actual –des-estructuración familiar, migración, etc.–, las relaciones que mantienen con otros adolescentes, la existencia o no de vínculos con familiares, con otros parientes, miembros de la comunidad de origen en el caso de los migrantes, etc.; la relación con la ley; con adicciones; con la consecución de sustento; la implementación de estrategias de supervivencia; la ayuda que reciben de instituciones públicas y privados; los alcances y límites de tal ayuda en caso de existir, etcétera, etcétera. Dando cuenta de la realidad de la vida en la calle desde múltiples perspectivas. En su segundo momento, el enfoque fenomenológico recurre nuevamente a la reducción o puesta entre paréntesis, esta vez para alcanzar la esencia del fenómeno (Husserl, 1949; Landgrebe, 1968; Szilasi, 1973). Para ello, es necesario reducir todos aquellos aspectos de lo dado que sean secundarios o accesorios o que hagan a la existencia histórica, procedimiento que permite descubrir y comprender las esencias, que son estructuras de significación de carácter general.

La unidad de análisis fueron los jóvenes (14 a 25 años de edad) en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy. Dentro de este conjunto, se realizó el trabajo de campo al menos en relación con tres grupos. Como dijimos los jóvenes que deambulan por la ciudad se nuclean para pernoctar en diferentes puntos constituyendo grupos que tienen prolongación el tiempo. Desde esta perspectiva, se continuó con la labor con el grupo que se reunía en la terminal de micros, con el que mora debajo de uno de los puentes sumando el que se ubica en el mercado de concentración. Esta estrategia nos permitirá evaluar la existencia de regularidades o de diferencias si las hubiere en la constitución de los grupos. Asimismo, se consideró relevante que el trabajo incluya jóvenes en situación

de calle originarios de San Salvador de Jujuy y migrantes del interior de la provincia en virtud de que ya detectamos ciertas diferencias culturales en lo que hace a pautas de alimentación y búsquedas de refugio. Se empleó como informantes claves al personal que brindaba sus servicios a la población de estudio, es decir, se llevó a cabo entrevistas a docentes, directivos de ONG's, profesionales, operadores de calle, policía tanto de la Federal como de la Provincial, líderes de congregaciones religiosas, voluntarios, familiares (en el caso que se pudo contactar con ellos). Se identificó a cada uno de los informantes en función de su relación directa con las prácticas, vivencias y experiencias de los adolescentes, estimándose realizar entre 20 y 25 entrevistas, con un promedio de cinco encuentros por cada uno de ellos. Según Yuni y Urbano, en este tipo de muestra, "Se seleccionan aquellos casos que pertenecen a ciertos subgrupos de la población." (2003, p. 21).

El enfoque metodológico pretendió desarrollar y profundizar una etnografía que dé cuenta de los factores, vivencias y significados en relación con la construcción de su identidad, cuerpo e inscripciones en el mismo. Entendemos por etnografía a la realización de trabajo de campo y al uso de técnicas cualitativas que dan soporte a la descripción, comprensión y/o interpretación de un grupo cultural y/o social. Incluyendo entrevistas, observación, técnicas para la recolección de términos de parentesco (recordemos que el NOA es muy común el parentesco ficticio), técnicas para la recolección de clasificaciones taxonómicas de animales, vegetales, alimentos, enfermedades etc. y otras técnicas como la *paired comparison*, entre otros procedimientos que nos resultaran de utilidad en relación con algún aspecto determinando.

El Cuerpo, su construcción social

Siendo el cuerpo una construcción sociocultural, su representación e imagen han variado a lo largo de la historia y de las culturas; sabemos que las sociedades producen cierto tipo de cuerpos en el marco de ciertas relaciones de poder. Si los cuerpos están atra-



vesados por matrices de género y clase hegemónicas, la modificación corporal acompañó la humanidad a través de su desarrollo histórico y cultural, siendo una categoría socialmente construida que incluye alteraciones físicas superficiales y profundas. Según Le Breton (1995, 164:165), asistimos a una era en que se percibe el cuerpo como accesorio, en que la modificación corporal remite directamente a la idea de control y donde, a falta de poder controlar la existencia en un mundo cada vez más inaccesible, se controla el propio cuerpo; de este modo, la modificación corporal se entiende como una manera simbólica de no perder el espacio en el tejido del mundo y procurarse un sentido, valores y proyectos.

Sin embargo, al hablar del cuerpo, es fundamental no olvidar el lugar que ocupó el cuerpo masculino, en particular con relación a los discursos sobre el cuerpo en general. Por ello, en una época en la que se continúa promoviendo cuerpos únicos, donde el cuerpo masculino sigue siendo anclaje habitual de un discurso dominante, la propuesta con las inscripciones redefine ciertos conceptos relacionados con el cuerpo, al visibilizar una imagen que cuestiona el sometimiento del mismo a ciertos parámetros socioculturales de belleza y pertenencia. De esta manera, creemos que se puede entender las metamorfosis corporales, por un lado, como expresiones no verbales de disconformidad con ciertos estándares hegemónicos de belleza, y por el otro, como propuestas que construyen un nuevo sentido de belleza, a partir del cual se resignifica la vigencia de esos estándares.

Como vimos, a través de ciertas prácticas corporales, se permite redefinir la experiencia del propio cuerpo, cuestionando el discurso hegemónico, recuperando valores y atributos silenciados e incluso negados culturalmente. Cómo sostiene Riley, proponemos entender el sentido plural y contextual de la modificación corporal como parte de complejas relaciones de poder donde ciertas estructuras sociales limitan las experiencias, mientras que simultáneamente permiten vías de resistencia a ellos y su continua resignificación. Este diálogo entre resistencia y poder consiste en que, mientras los discursos dominantes tienden a servir a sus propios intereses, su

misma existencia produce focos de resistencia y, al cuestionar estas relaciones de poder, permiten incorporar la complejidad de la experiencia corpórea. A pesar de que muchas de las alteraciones corporales en boga respondan al afán contemporáneo de embellecerse, identificarse y ser reconocido por los demás, creemos que la búsqueda neotribal refleja nuevas formas de subjetivación que redefinen los parámetros de la cultura dada, donde al deseo de decoración, afirmación y exploración individual se suma la necesidad de cuestionar valores establecidos, proponiendo nuevas formas de vincularse con el cuerpo, de sentir y de exponerse a la mirada ajena.

Muchas de las prácticas hunden sus raíces en experiencias corporales de culturas cuyas filosofías se apoyan en una visión integral del ser, lo que genera que estas sociedades, de una manera u otra, se idealicen a la luz de la distancia (Featherstone, 1999). Por tanto, el hecho de hablar de conceptos como moderno y primitivo requiere tener en cuenta los componentes sociopolíticos que atraviesan tales categorías, ya que refieren a las representaciones que los saberes occidentales han ido construyendo sobre diversas realidades y las formas de entenderlas; realidades atravesadas por asimetrías políticas y lucha de poder inherentes a los procesos de colonización. De hecho, muchas veces durante el trabajo de campo hemos visto cómo se reproduce este imaginario de lo tribal, por un lado, en términos romantizados que obvian el atravesamiento de desigualdades sociopolíticas y económicas, y por el otro, como una clara oposición a los valores de la modernidad urbana, donde primaría la individualidad por sobre lo colectivo y lo social por sobre la naturaleza.

Palabra que habla, habla por todos, habla de todo y habla para todos. La ciudad, con sus habitantes en situación de calle, con sus entrecruzamientos de vivencias, sabores, prácticas e historias, facilita los márgenes para la concreción de un discurso que discurre reflexivo, irónico y constestatorio. Márgenes desde donde se escribe, pero también, desde donde se lee, habla/escucha, enuncia/aprende. Movimiento dialéctico dado por esa provisoriedad que deviene enunciator y enunciatario. El cuerpo es, pues, en donde se escribe y quien



lee al mismo tiempo. Por eso los escritos, gráficos, incluyen las vivencias que ellos han desarrollado, sus remitentes y sus referentes. Serpentea desde una tradición, cuya sabiduría popular reconstruye. La elabora, la transcribe, se ironiza, en donde se actualiza la memoria.

Zigzaguea en la recuperación de silencios y vacíos no asumidos, construyendo una memoria ejemplar que, desde la oscuridad, ilumina; desde lo callado, habla. Repite. Tacha. Niega. Sueña, frustra, reconviene, amonesta y aún se ríe-juega con las palabras en un vano gesto de poderío semántico y fonético. Encarga lo que se quedó en el aire y las eterniza aunque sólo sea en sus propias experiencias y se deba interrogar por su significado. Es que es el discurso que recrea/crea para mostrar la mismidad/alteridad. Dice lo que todos dicen, pero aún distinto pues a veces establece una continuidad entre decir y hacer incitando a un activismo que -a veces, también- es un activismo de la memoria.

A modo de cierre

Todas estas expresiones, ratifican los rasgos que los definen como discursos no solo en su cuerpo, sino también como ellos los manifiestan en sus comportamientos en los distintos espacios públicos. Pero también, concretan una forma de comunicación exclusiva a través de la cual el sujeto de la enunciación afirma y define una identidad colectiva y actualiza la memoria de un grupo. Una forma de comunicación en la que el enunciatario participa en la construcción de esa memoria ya sea en las apelaciones que los identifican, en los interrogantes que ratifican preguntas no resueltas, como en la subversión de sentidos impuestos para proponer otra lectura de la realidad.

A su vez, la enunciación que implica la presencia de los episodios trágicos que les tocó vivir resignifica la actualidad de una participación también en algunas organizaciones sociales, una vida que se entrecruza con el activismo de la memoria en una práctica social determinada. Diversas funciones del lenguaje significan y transcriben en los tatuajes el discurso que habla por todos, desde todos y para todos en la materialidad de una práctica que recupera la me-

moria para poder delinear la identidad de estos jóvenes.

En la operación de reduccionismo biologicista parece permear tanto las inculpaciones del sentido común criminalizante (“roban zapatillas y camperas, no roban para comer”), como la indulgencia de la “buena conciencia” sociologista (“la indigencia lleva al delito por el camino de la necesidad “pura y dura”). En contraposición con esto, quisiéramos postular que los jóvenes en cuestión delinquen para ser jóvenes, para ser socialmente jóvenes.

Es que ser “legítimamente” joven en la ciudad, se encuentra en estrecha relación con el acceso a determinadas actitudes, actividades, espacios y consumos. La ropa, la música, la alimentación, los sitios frecuentados, el uso del tiempo libre, configuran signos y rituales de un tipo de identidad juvenil que ha logrado aparecer frente al conjunto de la sociedad como la suma de lo anhelado. En este un “ser joven” a la medida del ethos epocal: post-histórico, desencantado e impasible. Un ser joven, a la sazón, apático, acrítico, despolitizado, individualista y bello. Ajeno al futuro y al pasado: habitante pragmático de la dimensión sin espesor ni continuidad del tiempo posmoderno. Portador de un cuerpo vigoroso y un presente continuo, el joven “legítimo” rinde a constituirse en el doble deseable de la sociedad en su conjunto.

Bibliografía

- AUGÉ, M. (1993). *Los no lugares, espacio de anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- AUYERO, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires. Ed. Manantial.
- BIAGGIO, M. (2006) “‘Linyera’, ser o no ser: normas, códigos y estrategias de supervivencia de los hombres ‘de la calle’”. 8º Congreso Argentino de Antropología Social, Salta: 19 al 22 de septiembre.



- BOURDIEU, P. Y WACQUANT, L. (1995). *Respuesta por una antropología reflexiva*. Madrid. Grijalbo.
- BOY, M.; PERELMAN, M. (2008) "Los sin techo de Buenos Aires". En: *Rev. Ciudades* N° 78, (abril-junio) Puebla (México), CIESAS- D.F, RNIU.
- BUFARINI, M. (2008) "Transformaciones en el espacio urbano. Las personas sin hogar y los usos del espacio urbano público", *Revista de la Escuela de Antropología*. Facultad de Humanidades y Artes, UNR
- CASTEL, R. (1999). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires. Paidós.
- CITRO, S. (2010). *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires. Ed. Biblos.
- DELGADO, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- ELIAS, N. (1989). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FEIJOÓ, M. (1988). *Escuela y pobreza desafíos educativos en dos escenarios del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: UNESCO.
- GOFFMAN, E. (1963). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (2001). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires. Amorrortu.
- GOMEZ DA COSTA, A. (1998). *Niños y niñas de la calle: vida, pasión y muerte*. Buenos Aires. UNICEF.
- GÚBER, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del co-*

- nocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires. Paidós.
- HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (1994). *Etnografía Métodos de investigación*. Barcelona. Paidós.
- HERZER, H. (2008). *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires. Ed. Espacio.
- HUSSERL, E. (1949) *Ideas relativas a una fenomenología pura y filosofía fenomenológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LE BRETON, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires. Editorial Nueva Visión.
- PAUGAM, S. (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid. Alianza.
- ROSA, P. (2009). "Las prácticas de encierro hoy. Reflexiones de la mano de Michel Foucault sobre los programas destinados a personas en situación de calle". *Revista Afuera - Estudios de Crítica Cultural*. Año IV, N° 7, noviembre.
- POJOMOVSKY, J. (2008). *Cruzar la calle. Niñez y adolescencia en las calles de la ciudad*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- SNOW, D. y ANDERSON, L. (1993). *Down on their luck. A study of homeless street people*. Los Angeles: University of California Press.
- SNOW, D. y MULCAHY, M. (2001). *Space, Politics, and the Survival Strategies of the Homeless*. En *American Behavioral Scientist*, 45, pp. 49-169.
- SCHÜTZ, A. (1972) *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires. Paidós.



[*Revista Conexiones*

- URCOLA, M. (2010). *Hay un niño en la calle. Estrategias de vida y representaciones sociales de la población infantil en situación de calle*. Buenos aires. Ediciones CICCUS.
- VASILACHIS DE GIALDINO, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona. Gedisa.
- WACQUANT, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires. Manantial.
- WACQUANT, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.
- WACQUANT, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.